

JÓVENES POSCRISTIANOS: ¿DESERTORES O PIONEROS?

Hacia una nueva espiritualidad: "como si Dios no existiese"

JUAN LUIS HERRERO DEL POZO Segunda parte.

8. No queda piedra sobre piedra

RPJ.- Sirvámonos, para el caso de la iglesia, de un símil más concreto. La iglesia se nos presenta hoy como un edificio extraordinariamente complejo (también es "pueblo de Dios", "cuerpo de Cristo", etc.). Como realidad histórica humana se vio lógicamente sometida desde sus comienzos al condicionante de las personas y culturas en las que cristalizaba. Del mismo modo, ha seguido evolucionando exclusivamente (el Espíritu no es un factor más) conforme a las leyes de la libertad y condición humanas, en el error y la verdad, en la fidelidad y la traición. Hasta lo que hoy es. Cuando el pensamiento crítico -y muy en especial gracias a la crisis de la Ilustración- mete la piqueta en este portentoso y monumental edificio ¿por qué ceder al pánico si llegáramos a constatar que no queda piedra sobre piedra? ¿Acaso queda todo arrasado? De ningún modo. Queda la lección de la historia y...¡las magníficas piedras de sillería de los cimientos escondidos! Me explico. Si seguimos paso a paso lo que el nuevo paradigma teológico realiza al repensarlo todo, el desmonte de la vieja teología es casi total. A partir de ahí, se recupera lo fundamental, las piedras de los cimientos. Sobre ellas se puede alzar un nuevo edificio eclesial que, fiel a los 'signos de los tiempos', aparecerá como algo sencillo, sereno y bello, inteligible y razonable, tanto más divino cuanto más humano. No es mera ensoñación: hay cristianos que, tras el dolor del paso por el crisol y por la oscuridad de la noche, están haciendo la experiencia de un esponjamiento del alma y una renovada vitalidad. "¡Esto es otra cosa!" reconocen al descubrir cómo, liberadas sus energías de tanto lastre, pueden invertirlas ahora en la serena contemplación de lo real -con Dios al fondo- y en la lucha por los pobres.

Nada humano es, pues, intocable. Baste la mención de algunos ejemplos para ser concretos y transparentes y no disimular el alcance del asunto ("de qua re agitur") como si pretendiéramos eludir las iras de la autoridad vigilante y suspicaz.

Se puede y se debe pasar todo por el crisol: la distinción entre clero y laicado, los estratos jerárquicos desde el Papa hasta el cura de pueblo, las estructuras del sistema eclesiástico, la iglesia como único pueblo de Dios y única religión verdadera, la distinción entre iglesia docente y discente, los fundamentos mismos del derecho canónico, el número de sacramentos, el hecho de que los mismos símbolos sacramentales sirvan en Roma o en la Amazonia, en el siglo primero o en el XXI, la interpretación tradicional de los dogmas (pecado original, inmaculada concepción, virginidad de María, trinidad, divinidad de Jesús, sacrificio de la cruz, universalidad de su salvación, "presencia real" en la eucaristía, infalibilidad magisterial, el infierno, el diablo...), la moral sobre todo sexual y de familia, la distinción entre vida seglar y vida consagrada, la obediencia incondicional a las leyes eclesiásticas...y un larguísimo etcétera. Todo es fruto de la responsabilidad histórica humana, nada nos ha llegado dictado por Dios, nada es de derecho divino, todo es, por lo tanto, sujeto a reforma o refundición. ¿Alguien que se sienta a gusto en la nueva teología podría señalar algo en la institución eclesial (sistema dogmático, conjunto celebrativo y organización de gobierno) que, a su entender, sea intocable? Un diálogo sería de agradecer. Es obvio que no es éste el lugar de hacer paso a paso ese proceso de repensar todo lo que llamamos fe cristiana. Muchos teólogos lo están realizando por sectores teológicos aunque la síntesis total (siempre provisional) no sea para mañana.

9. No cualquier cambio es oportuno

Lo dicho vale para cualquier religión. Todo lo religioso se sitúa en el ámbito de las mediaciones que la humanidad se da para vivir la relación con el misterio, con lo numinoso. Todo en el sistema de mediaciones de cualquier religión es histórico y humano. Lo que importa es que lo sea de forma auténtica, conforme a lo más genuino de la realidad humana en cada tiempo y cultura. Sólo en la medida en que una realidad es profundamente humana puede decirse divina. Y sólo esta autenticidad delimita los contornos de lo mudable. Todo, en efecto, puede cambiar pero no todo es oportuno que cambie. Valga algún ejemplo. El símbolo de la iniciación cristiana, el bautismo, no tiene por qué ser la purificación con el agua en todas las culturas y podría cambiar. Sin embargo, no se me ocurre -dentro de mi escaso saber en antropología- que exista alguna cultura en la que la comida entre humanos se reduzca exclusivamente a un acto biológico. Parece que el juntarse para compartir el alimento puede, en cualquier rincón del mundo, constituir un momento privilegiado de estrechar los lazos humanos, crear amistad y fraternidad. Pues bien, éste es precisamente el núcleo simbólico de la eucaristía, de modo que la reunión fraterna alrededor de la mesa podría ser en cualquier lugar el eje celebrativo de la comunidad creyente. Es más, se puede pensar que todo ágape realmente fraterno es eucarístico en mayor o menor grado, conforme a la densidad y autenticidad humanas con que se celebra y del amor que genera (¡ésta es la 'presencia real!'). Por ello, importa menos si la "última cena" de Jesús fue o no un hecho histórico. Ni él ni sus amigos inventaron ningún sacramento nuevo especial. Estos leyeron y descubrieron con genial naturalidad la hondura de las comidas de Jesús que tanto mencionan en los relatos evangélicos y, a partir de ahí, en perfecta continuidad, hicieron de la comida, de "la fracción del pan", el corazón de la comunidad presente y el anticipo del banquete del Reino. Por eso resulta tan estridente la distorsión histórica en el caso citado del bautismo y de la eucaristía: se absolutiza y preserva a ultranza el agua del bautismo y, sin embargo, se fosiliza el símbolo de la eucaristía reducido a caricatura ridícula (hasta hace cuatro días) e insignificante e incomprensible (todavía hoy).

Valga otro ejemplo. Bajo instituciones más o menos acertadas, la democracia (sociológica, política, económica, cultural...) es un logro definitivo de las relaciones humanas dignas. Que no nos pretendan convencer los viejos teólogos de que no es aplicable a la iglesia bajo pretexto de que el poder viene de Dios a la autoridad jerárquica. Para cualquiera que estudie el tema con mayor rigor teológico, semejante concepción resulta una tontería. La estructura piramidal, autoritaria, jerárquica y sacerdotal de la iglesia (no la articulación de carismas y servicios) está llamada a desaparecer (la apostolicidad no se sitúa ahí). La iglesia que venga -que no imaginamos cuán distinta será- habrá de ser un prototipo de democracia para la misma sociedad civil.

10. La conciencia, criterio último

Resumiendo: no cualquier cambio es oportuno pero no existe nada en las religiones que sea intocable. El criterio de discernimiento es la autenticidad de lo humano. Lo cabalmente humano va a seguir sirviendo. El resto, aunque haya parecido tradicionalmente pertenecer a algo revelado por Dios, si no es auténticamente humano, será caduco. El criterio de discernimiento es, pues, el don más preciado que hemos recibido de Dios, la conciencia habitada por Él. Esto es salir del fideísmo, sin, por ello, caer en el racionalismo. Por supuesto, por razón o conciencia entendemos, no precisamente la mera razón instrumental que aboca al homicidio, sino el conjunto de facultades (inteligencia, afectividad, intuición...) de la persona en diálogo con la comunidad creyente, con la historia humana y con la propia tradición. Así entendida la razón o conciencia, santo Tomás de Aquino se atrevía a afirmar que el cristiano debía estar dispuesto a arrostrar la excomunión de la iglesia si era por fidelidad a la propia conciencia. Más de un santo subió así a la hoguera.

11. Es peligroso creer en Dios

La deconstrucción de lo religioso caduco afecta no sólo a las instituciones sino a la misma idea de Dios. Este es incluso el reducto más peligroso.

En general, tendemos a pensar que Dios es el centro y objeto de toda religión y que de la fe en él dependen y derivan creencias y comportamientos. Gandhi hacía depender la paz entre los pueblos de la paz entre las religiones. Yo más bien este logro lo atribuiría a la superación de las religiones. Que no se malentienda.

Es manifiesto que, ayer y hoy, buena parte de los conflictos y guerras se han producido en nombre de Dios. En este sentido es peligroso creer en Dios, no por él sino por la idea que de él nos hacemos. Las ideas tradicionales de Dios le han perjudicado a él y a nosotros: el Dios sancionador, el milagrero, el que debe ser movido a compasión con nuestra plegaria, el que permite la muerte del inocente y la maldad del verdugo, etc.: el noventa por cien de la gente piadosa está probablemente impregnado de estas concepciones de Dios. Las religiones más extendidas son las de la magia y los falsos dioses (ver "Superación del pensamiento mágico. Necesaria clave hermenéutica en toda religión", l.c.) .

Por lo demás, la gente no piadosa, que es la mayoría, vive sin necesitar a Dios aunque en teoría no lo nieguen: no se necesita la afirmación de Dios para vivir, organizar la sociedad, preparar el futuro, e incluso hacerlo honestamente. Lo malo es que el lugar de Dios es ocupado por muchos sustitutos, grandes y pequeños: el dinero, el poder, la moda, el cuerpo, la bola de cristal, el fútbol, el patrono del pueblo, el cantante de moda, la estrella de cine... Dios, lo que es Dios tomado en serio, cada día tiene menos adeptos, al parecer.

12. Insuficiencia de la "experiencia religiosa"

La idea de Dios sólo sirve en el campo de la religión cuando, por una parte, ésta ha superado el pensamiento mágico y, por otra, no ha caído en los fetiches y sustitutos mencionados. Ahora bien, una idea de Dios válida, depurada de toda esa ganga, es aún más minoritaria si por tal entendemos la que es capaz de cambiar la vida desde una experiencia religiosa interior. Mas ¿en qué consiste ésta, quién la ha hecho, cómo discernirla con garantía? El temperamento, la edad, el equilibrio psicológico de cada persona revisten tal experiencia de aspectos más o menos emotivos y sensibles o más o menos ilusorios. Lo decisivo no está ahí. Lo importante es "caer en la cuenta" de lo que Dios implica para mí, con una hondura y radicalidad tales que se traducen en una opción de vida en la que él (y el ser humano con él) será lo primero y lo último. Es decir, la experiencia religiosa es sólo verificable en sus frutos. Es el tesoro escondido del Nuevo Testamento que polariza la vida entera. Como se ve, no es tanto una creencia, una percepción intelectual, cuanto un sentido existencial y un estilo de vida. Tal experiencia puede darse como un episodio puntual y concentrado o como una convicción más difusa que va adueñándose poco a poco de nuestra realidad e impregnando el día a día. Aunque conviviera todavía con resabios mágicos, esta experiencia puede imprimir en la vida una orientación básicamente válida.

Así entendida, la experiencia interior de Dios no es, tal vez, algo muy generalizado ni siquiera entre personas de mucha práctica religiosa. Aunque sólo Dios es juez, pretendo sugerir que ni siquiera tal experiencia interior es decisiva, dado que también ella se presta a falsificaciones y conciencias erróneas. Por muy importante que sea insistir en ella, tampoco es lo prioritario e ineludible de la predicación, de la catequesis y de la educación religiosa de nuestros hijos.

Por lo dicho, cabe entender la afirmación de que históricamente ha resultado peligroso creer en Dios: ha sido fuente de muchos conflictos, ha distorsionado numerosas realidades vitales, ha deformado demasiadas conciencias, ha convivido sin ascos con la injusticia, el prestigio, el poder, el dinero, la ideología neoliberal y los partidos de derecha, se ha prestado a ser sustituido por mil fetiches, ha preterido o devaluado sin razón lo humano, ha dado lugar a oscuros misticismos etc. De modo que una fe en Dios realmente cabal (equilibrada, coherente y operativa) es lo menos habitual en la vivencia religiosa humana. Las mediaciones religiosas actuales no sirven, las concepciones sobre Dios están bajo sospecha, las experiencias religiosas son ambiguas... ¿de qué nos podemos fiar? El camino propiamente religioso implica tantos riesgos que tiene que existir algún otro que, cuando menos, le sirva de contraste y validación. Pues bien, se podría decir que de faltar algún mandamiento, más vale que sea el primero (amar a Dios) que el segundo (amar al prójimo).

13. Hacia una nueva espiritualidad.

La afirmación última es arriesgada, no lo dudo. Porque si ni siquiera Dios es una de aquellas piedras de los cimientos que permanecen una vez desmontado el viejo edificio religioso ¿con qué nos quedamos? Soy cristiano y no dudo de Dios. Sólo pretendo afirmar que no es Dios el camino más seguro para llegar a Dios sino el hombre. De alguna manera el ser humano pasa delante de Dios. Vinculado a la Tierra, el hombre es el único proyecto universal que puede unirnos a todos los individuos y pueblos. Este proyecto está a la base no sólo de la construcción de la sociedad y de todo proyecto socio-político, sino de la misma reforma religiosa, de todo diálogo entre religiones, de toda espiritualidad.

Lo dicho hasta ahora nos permite tal vez entender la espantada de los jóvenes y la crisis religiosa de occidente en general. Lo que más inseguridad puede provocar es que, en una época de transición profunda como la del actual tiempo axial, ha muerto lo viejo sin que haya nacido lo nuevo. La situación es incómoda aunque prometedor. Los miedos conservadores son injustificados: no es en la religión donde nos jugamos lo esencial de la fe. No es que lo más humano sea prescindir de las mediaciones religiosas que siempre serán necesarias. Aunque en las comunidades cristianas deberemos ser creativos para ir descubriendo otro modelo de iglesia en cuanto al pensamiento, la celebración y la organización. Pero, de momento, tal vez hayamos de transitar el desierto sin religión que recorren los jóvenes 'desertores' (o dejar buena parte de la religión entre paréntesis) con tal de que, desde hoy mismo, descubramos la espiritualidad auténtica. Sin ésta, cualquier eventual nueva construcción religiosa recuperará los vicios del pasado.

Lo espiritual es más abarcante y hondo que lo religioso y es la condición de su autenticidad. Es, incluso, lo único imprescindible. Si nuestros hijos, abandonada cualquier práctica religiosa, descubriesen la dimensión espiritual trascendente de la existencia -suya y de los demás- nada estaría perdido. Ahora bien, esta dimensión espiritual trascendente consiste en descubrir a Dios en el hombre. O bien Dios y hombre se vivencian juntos o Dios es una escapatoria. Aquí se sitúa la experiencia fundante de lo espiritual auténtico, en cualquier religión, incluida la cristiana.

Lo que llamo experiencia fundante se asemejaría a un medallón en el que la cara cóncava sería la réplica exacta de la convexa. Ésta representa la experiencia del encuentro con el ser humano; aquélla la experiencia de Dios. Feuerbach diría que la cóncava, Dios, es simplemente proyección de la convexa, el hombre. El creyente lo entiende a la inversa: por ser el hombre proyección o proyecto de Dios, lo refleja. En la experiencia fundante el hombre es prioritario: sólo en la medida en que acogemos al hermano encontramos a Dios, incluso aunque hayamos rechazado la idea de éste. La intuición de Juan es profundamente genial: "quien no ama a su hermano a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo" (1 Jn 4, 21). Es como si sólo fuese visible la parte convexa, el relieve del medallón y sólo a partir de ella cayéramos en la cuenta de cómo es la cóncava.

En la más auténtica intuición de Jesús no es el encuentro religioso con Dios el núcleo de la utopía del Reino sino el hecho samaritano: aquel hereje religioso y marginado que se inclina sobre el herido mientras los dos 'clérigos' judíos (sacerdote y levita) pasan de largo. Jesús opera con su palabra y actitud una de las más atrevidas revoluciones del pensamiento religioso: a un pueblo que le pide que le muestre a Dios le invita a volverse hacia el hombre. A la hora de la verdad por esto seremos juzgados: "Me disteis de comer... cuando lo hicisteis a uno de estos pequeños" (Mt 25). Dios es inefable, inalcanzable, huidizo... sin embargo nos topamos constantemente con él: la esposa con rulos, el hijo que ha suspendido o el otro que se droga, el vecino que hace ruido, el amigo incómodo, los ciudadanos que se niegan a participar, el sin trabajo y sin vivienda, el inmigrante sin papeles, el viejo que muere solo... y esos millones de lejanos desconocidos que nuestra rapiña y derroche matan cada día. Buscar respuestas para todo eso, ahí está el Reino.

Se trata, así pues, de la "regla de oro", la más veces afirmada desde toda la antigüedad en todas las religiones, la que nos pide simplemente ser tan positivos con los demás como con nosotros mismos, la base de toda ética y de la auténtica espiritualidad, el punto de encuentro para la humanidad. Porque es exactamente el punto de cristalización de la propia persona, desde la propia perspectiva psicológica. La persona no es algo estático sino una realidad dinámica, histórica, algo que se construye como un nudo de relaciones con los demás. El "yo" de la persona no existe sino en el encuentro y la apertura al "tú". Si la experiencia del bebé es negativa en este encuentro durante los primeros meses, todo su futuro está gravemente comprometido. Cuando el individuo fracasa en las relaciones con los otros se aliena, se pierde a sí mismo. La salud mental y espiritual es confrontación y equilibrio entre el egocentrismo inevitable y el altruismo (de "alter", otro) imprescindible.

Esta centralidad del amor concede la primacía a la acción sobre el pensamiento, al comportamiento sobre las creencias, a la ética sobre la dogmática, a la ortopraxis sobre la ortodoxia. Es preciso, aunque sea difícil, reaccionar contra la tendencia secular opuesta de la cultura occidental y cristiana.

En el "otro", en el ser humano más humilde y desvalido que tenemos enfrente anida y se esconde ontológicamente la más seria llamada de Dios y ahí es donde espera de nosotros la respuesta decisiva (Mt 25). Ofrezco por si sirve a alguien una intuición personal. Siempre me ha resultado desconcertante la realidad del enamoramiento: en ningún comportamiento humano coexiste mayor fuerza vital con más irracional -¿o supra-racional?- apuesta. Parece como si, en este fenómeno de la "psiqué" humana, el corazón encontrara la más potente y enigmática atracción o llamada del ser; el ser del otro provoca y arrastra de manera tan por encima de su peso específico que o bien se trata de un deslumbramiento ilusorio e irracional o bien es algo meta-racional; como si en tan poderosa llamada de un ser concreto palpitará, en realidad, la atracción del Ser total. Sé que el "flechazo" es una trampa del instinto (¿quién si no, se embarcaría en tan peligrosa aventura?), o tal vez una invitación a seguir apostando en la dirección que marca esa flecha. Pero estoy convencido de que la naturaleza señala ahí algo profundo: el tomar tan en serio a otra persona provoca un éx-tasis o salida de sí mismo. Lo difícil estriba en caer en la cuenta de que el "flechazo" apunta a lo trascendente, de que 'tomar tan en serio' a un semejante fuera del impulso instintivo es una respuesta, en conciencia, al Ser que nos solicita en el hermano. Aunque se rechace conceptualmente la idea de Dios, la justicia, la solidaridad y fraternidad imprimen un sentido trascendente a la vida. Filosóficamente, esta afirmación vital de Dios puede coexistir con la negación nocional. La

apertura al "otro" trasciende el yo del egoísmo individualista y supera el solipsismo en el que la psicología descubre enfermedad y frialdad de muerte. Si cada uno de nosotros se percibe como un centro en alguna medida absoluto en cuanto que es imposible no referir todo al yo (no amaríamos a Dios, si no constituyese un bien nuestro, decía Tomás de Aquino), el acto por el que me abro al otro como a un "alter ego" absoluto implica que en el "otro" late la llamada de un Absoluto que nos supera y da sentido a ambos.

Con esta primacía del amor -cualquiera que sea la trascendencia que le reconozcamos- alcanzamos los cimientos del edificio religioso así como el punto crítico de humanización en cuanto tarea común entre creyentes y agnósticos. Si, más allá de los tópicos de la catequesis, nuestros hijos aprenden bajo nuestro techo a descubrir que en el encuentro altruista con los demás se juega lo realmente importante de la existencia, no por abandonar la religión quedarán privados de la espiritualidad esencial.

14. La aportación de Jesús de Nazaret

Curioso nuevo paradigma teológico que hasta ahora parece prescindir de Jesús, si no es para citarlo. En efecto, hasta el momento se ha puesto el acento en un tipo de reflexión que puede ser común a los humanos en general. Si es válida, ésta es precisamente su ventaja. No obstante, me considero cristiano; incluso debo reconocer que, a lo largo de mi ya dilatada vida, no he sufrido ningún atisbo de duda respecto a Jesús de Nazaret. Entiendo que, en la religión y espiritualidad cristianas, la aportación de Jesús es uno de esos cimientos que persisten cuando el espíritu crítico ha desmontado el edificio secular de la iglesia. Podemos, incluso, reconocer que el elemento anteriormente aceptado como cimiento, el de "la regla de oro", núcleo de toda espiritualidad, es precisamente el corazón del Evangelio (Buena Noticia) de Jesús. La regla de oro, potenciada y afinada hasta extremos inimaginables ofrece un portentoso proyecto de humanización: fraternidad universal, igualdad radical, justicia y amor compasivo, perdón de las ofensas, prioridad de los que no cuentan en el sistema, etc.

Sin embargo, lo más específico de la vida y mensaje de Jesús no es fruto de ninguna elección privilegiada (único y universal salvador) por parte de la divinidad. En el pensamiento moderno no hay lugar para ningún "intervencionismo" divino desde las afueras de la historia. La acción creadora de Dios desde dentro del proceso evolutivo y con un respeto absoluto a sus leyes internas constituye algo así como un torrente de fuerza y de luz que intenta abrirse paso en la mente humana consciente y libre. Todo es de Dios y todo de la libre respuesta creada que en ningún modo queda sustituida ni predeterminada por aquél. En los millones de años del devenir histórico algunas personas han dado una respuesta especial y han influido poderosamente en sus culturas, dando lugar a movimientos religiosos nuevos. Jesús de Nazaret destaca como uno de los más grandes. ¿Insuperable? Sólo lo infinito lo es. El cristianismo no es así fruto de una intervención especial de Dios. Todo en Jesús y después de él es plenamente humano y sólo discernible y validable por sus frutos.

El trabajo de desmonte del nuevo paradigma alcanza también a los textos evangélicos. A los cristianos viejos su variado contenido nos suena a ya conocido. Apenas se inicia una lectura en la celebración eucarística ya sabemos cómo sigue y cuál va a ser el comentario. Nadie espera alguna novedad. ¿Por qué? Nuestra lectura tradicional de la Biblia no es virgen sino muy deformada e ideologizada. No sólo por falta de herramientas hermenéuticas frente a textos muy alejados de nuestra cultura sino porque leemos la Biblia a la luz del catecismo y de los dogmas. Lutero luchó contra tal aberración pero el poder eclesiástico retiró la Biblia de manos de los cristianos.

Los contenidos bíblicos, no sólo los textos, se hallaban desde siglos recubiertos de una espesa capa de prejuicio ideológico, como la bella piedra original de esas viejas iglesias que la incultura del pasado había embadurnado de yeso. Pues bien, cuando creíamos conocer los evangelios casi de memoria, nos vemos invitados a redescubrirlos. Los desmontes del nuevo paradigma teológico permiten una experiencia apasionante en una lectura nueva del Nuevo Testamento. La eliminación de los viejos clichés del pasado nos deja una imagen de Jesús y de su mensaje desconocidos. En los evangelios no hallamos propiamente unas verdades o una religión nuevas, sino un estilo de vida que surge de una lectura de la realidad hecha con mirada limpia, penetrante y libre. ¿Cómo explicarlo? Sin duda, los evangelios no son la historia aséptica de Jesús. Nunca existe una historia aséptica de alguien porque sería mutilarlo: sólo el que ama llega al fondo de la persona (aunque ello comporte sus riesgos). Los evangelistas se hacen eco de las experiencias más fuertes que la cercanía y acompañamiento de Jesús produjeron en sus seguidores. El impacto que causó aquel ser excepcional es de tal fuerza, densidad y hondura que hizo de aquellos seres marginales del pueblo judío rapsodas de lo infinito. El Jesús que transparentan es un personaje fuera de serie, lejos de edulcoraciones posteriores: prudente y audaz, fuerte y tierno, exigente y compasivo, modesto y genial, vigoroso y a veces cansado, realista y místico, generoso, entrañable y fuerte... pero, sobre todo, soberanamente libre. Suscita optimismo y esperanza pensar que la especie humana puede alcanzar tales alturas y, sin duda, no hemos acabado todavía de asombrarnos ante la figura de Jesús.

No existe, sin embargo, una percepción automática de la sencilla grandeza de este personaje. Hubo quien lo tachó de bebedor, comilón y endemoniado. Sólo la belleza empatiza con la belleza, el amor con el amor. Es lo que se produjo en los primeros discípulos. El "seguimiento", el discipulado consiste en sintonizar con su opción y estilo de vida. Ésta es la quintaesencia del ser cristiano: conocimiento y vida se retroalimentan; seguirle en la vida diaria permite descubrirle más, conocerle más lleva a vivir a su estilo. No valen palabras, hay que probar. Sabiendo de entrada que aquí no caben medias tintas. La radicalidad en la opción de seguir el estilo de vida de Jesús no nos garantiza, sin embargo, la seguridad de ser siempre fieles pero excluye el pacto con la mediocridad.

Una vez más: nada es intocable en el cristianismo salvo el mensaje de Jesús y la experiencia del "seguimiento". Desde esta experiencia podrá construirse más bien una espiritualidad que una religión, conforme a la distinción utilizada por J. M^a. Vigil. Jesús no fundó ninguna iglesia, ni siquiera una religión. Él vivió ante Dios la experiencia del "abba" (papá) con total libertad frente a las viejas mediaciones que sacralizaban ritos (sacrificios), espacios (templos) y personas (sacerdocio). Un nuevo estilo de vida con un objetivo único que él denominó "Reino de Dios", y que hoy llamaríamos Proyecto de humanización holística,

privilegiando a los pobres y excluidos del sistema. El indio de la Amazonia profunda, el hindú, el pigmeo de la selva africana no habrán de renunciar a ninguna realidad propiamente humana de sus tradiciones seculares pero, al adoptar el estilo de vida de Jesús, descubriendo a Dios como Padre-Madre y a los otros seres humanos como hermanos, purificarán e iluminarán la densidad de su cultura religiosa sin necesidad de abandonarla. Las comunidades humanas de los nuevos seguidores, superando las fronteras religiosas tradicionales, podrán ser muy diferentes unas de otras pero coincidirán en lo esencial, el amor. Las mediaciones propiamente religiosas, sistema de creencias, celebración, organización, se adecuarán a cada tejido cultural y serán incluso, tal vez y ojalá, un potente imaginario simbólico que frene la globalización niveladora.

Siendo para el cristiano algo fundante la experiencia de Jesús, ni siquiera él es un absoluto en sus perfiles concretos. Jesús también vivió la limitación y el error propios de toda creatura. Tampoco él agota la múltiple variedad y riqueza de las inconmensurables experiencias de Dios que los mejores representantes de la humanidad han vivido y seguirán viviendo. Jesús no es celoso y reconvino a los discípulos que se extrañaban de que otros ajenos a él hicieran milagros. Jesús nos manifestó a Dios pero Dios no se agotó en él. Dios es más grande que cualquier religión y que cualquier corazón humano, incluso el más sublime. La unificación de la humanidad se hará sobre el amor, no sobre la religión como sistema de mediaciones que diversifica, sin duda, pero que casi siempre enfrenta y separa.

Estas perspectivas pueden dar vértigo, mas no miedo al verdadero creyente. Sobre todo no cabe el miedo ante la función magisterial jerárquica, superada en casi todo y desprestigiada lamentablemente por sus excesos y errores. Han perdido el tren de la historia y ésta los está dejando irremediabilmente atrás.

Algunos de nuestros hijos nos preceden sin saberlo en el camino. Debemos acelerar el paso, no para "recuperarlos" (nos perciben demasiado presuntuosos) sino para recuperar la comunicación y buscar juntos. Y a los padres que todavía tienen hijos pequeños nos atreveríamos a ofrecerles dos observaciones muy sencillas. Primera, si nada cambia, hay un 90% de probabilidades de que la confirmación siga siendo el sacramento del abandono religioso. Segunda: supuesto que el actual sistema de mediaciones religiosas tardará tiempo en refundirse, lo único realmente serio que está en nuestras manos ofrecer a nuestros hijos es que nos perciban hondamente tocados por el evangelio de Jesús y en incesante búsqueda de fidelidad y coherencia. Con humildad y audacia.